Arthur Conan Doyle

La aventura de Peter "el negro"



Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público ¡Esperamos que lo disfrutéis!

La aventura de Peter "el negro"

Arthur Conan Doyle

Nunca he visto a mi amigo en mejor forma, tanto mental como física, como en el año 95. Su creciente fama atraía a una inmensa clientela y sería indiscreto por mi parte hacer la más ligera alusión a la identidad de algunos de los ilustres clientes que cruzaron nuestro humilde umbral

de Baker Street. Sin embargo, Holmes, como

todos los grandes artistas, vivía para su arte y, excepto en el caso del duque de Holdernesse,

casi nunca le vi pedir un pago importante por

sus inestimables servicios. Era tan poco mate-

rialista -o tan caprichoso- que con frecuencia se negaba a ayudar a los ricos y poderosos cuando

su problema no le resultaba interesante, mien-

tras que dedicaba semanas de intensa concen-

tración a los asuntos de cualquier humilde

cliente cuyo caso presentara aquellos aspectos

extraños y dramáticos que excitaban su imagi-

nación y ponían a prueba su ingenio.

En aquel memorable año de 1895, una curiosa y extravagante serie de casos había atraído su atención: desde la famosa inves-

tigación sobre la súbita muerte del cardenal Tosca -investigación que llevó a cabo por ex-preso deseo de Su Santidad el papa- hasta la detención de Wilson, el conocido amaestrador

de canarios, con la que eliminó un foco de in-fección en el East End de Londres. Pisándoles

los talones a estos dos célebres casos llegó la tragedia de Woodman's Lee, con las misteriosí-

simas circunstancias que rodearon la muerte del capitán Peter Carey. La crónica de las hazañas del señor Sherlock Holmes quedaría incompleta si no incluyera algunos informes sobre este caso tan insólito.

Durante la primera semana de julio, mi amigo se estuvo ausentando de nuestros aposentos tan a menudo y durante tanto tiempo que comprendí que algo se traía entre manos. El hecho de que durante aquellos días se presentaran varios hombres de aspecto patibulario preguntando por el capitán Basil me dio a en-

tender que Holmes estaba operando en alguna parte bajo uno de los numerosos disfraces v

nombres con los que ocultaba su formidable identidad. Tenía por lo menos cinco pequeños

refugios en diferentes partes de Londres en los que podía cambiar de personalidad. No me

contaba nada de sus actividades y yo no tenía por costumbre sonsacar confidencias. La primera señal concreta que me dio acerca del rumbo de sus investigaciones fue verdaderamente extraordinaria. Había salido antes del desayuno, y yo me había sentado a tomar el mío cuando entró dando zancadas en la habitación, con el sombrero puesto y una enorme lanza de punta dentada bajo el brazo, como si fuera un paraguas.

-¡Válgame Dios, Holmes! -exclamé-. No me irá usted a decir que ha estado andando por Londres con ese trasto.

-Fui en coche a la carnicería y volví.

-¿La

carnicería?

-Y vuelvo con un apetito excelente. No cabe duda, querido Watson, de lo bueno que es hacer ejercicio antes de desayunar. Pero apuesto a que no adivina usted qué clase de ejercicio he estado haciendo. -No pienso ni intentarlo.

Holmes soltó una risita mientras se servía café.

-Si hubiera usted podido asomarse a la trastienda de Allardyce, habría visto un cerdo muerto colgado de un gancho en el techo y un caballero en mangas de camisa dándole furiosos lanzazos con esta arma. Esa persona tan enérgica era yo, y he quedado convencido de que por muy fuerte que golpeara no podía traspasar al cerdo de un solo lanzazo. ¿Le inte-resaría probar a usted?

- -Por nada del mundo. Pero ¿por qué hace usted esas cosas?
- -Porque me pareció que tenía alguna relación indirecta con el misterio de Woodman's

Lee. Ah, Hopkins, recibí su telegrama anoche y

le estaba esperando. Pase y únase a nosotros.

Nuestro visitante era un hombre muy

despierto, de unos treinta años de edad, que

vestía un discreto traje de lana, pero conserva-ba el porte erguido de quien estaba acostum-

brado a vestir uniforme. Lo reconocí al instante como Stanley Hopkins, un joven inspector de

policía en cuyo futuro Holmes tenía grandes

esperanzas, mientras que él, a su vez, profesaba la admiración y el respeto de un discípulo por

los métodos científicos del famoso aficionado.

Hopkins traía un gesto sombrío y se sentó con aire de profundo abatimiento.

-No, gracias, señor. Ya desayuné antes de venir. He pasado la noche en Londres, por-

que llegué ayer para presentar mi informe.

-¿Y qué informe tenía usted que presen-

tar? -Un fracaso, señor, un fracaso absoluto.

- -¿No ha hecho ningún progreso?
- -Ninguno.

- -¡Vaya por Dios! Tendré que echarle un vistazo al asunto.
- -Hágalo, señor Holmes, por lo que más quiera. Es mi primera gran oportunidad y ya no sé qué hacer. Por amor de Dios, venga v écheme una mano.
- -Bien, bien, da la casualidad de que ya

he leído con bastante atención toda la informa-

ción disponible, incluyendo el informe de la

investigación policial. Por cierto, ¿qué le parece a usted esa petaca encontrada en el lugar del

crimen? ¿No hay ahí ninguna pista?

Hopkins se mostró sorprendido.

- -Era la petaca del muerto, señor Holmes. Tenía sus iniciales en la parte de dentro. Y además, era de piel de foca y él había sido cazador de focas.
- -Pero no tenía pipa.
- -No, señor, no encontramos ninguna pipa; la verdad es que fumaba muy poco. Sin
 embargo, es posible que llevara algo de tabaco
 para sus amigos.

-Sin duda. Lo menciono tan sólo porque

si yo hubiera estado encargado del caso me

habría sentido inclinado a tomar eso como pun-to de partida de mi investigación. Sin embargo, mi amigo el doctor Watson no sabe nada de

este asunto v a mí no me vendría mal escuchar

una vez más el relato de los hechos. Háganos

un breve resumen de lo más esencial.

Stanley Hopkins sacó del bolsillo una

hoja de papel.

-Tengo unos cuantos datos que resumen

la carrera del difunto, el capitán Peter Carey.

Nació en el 45, así que tenía cincuenta años.

Había sido un valeroso y próspero cazador de

ballenas y focas. En 1883 mandaba el vapor Sea

Unicorn, de Dundee, dedicado a la caza de fo-

cas. Realizó varios viajes seguidos, bastante

provechosos, y al año siguiente, 1884, se retiró.

Después se dedicó a viajar durante unos años, y por fin adquirió una pequeña propiedad lla-mada Woodman's Lee, cerca de Forest Row, en

Sussex. Allí ha vivido durante seis años, v allí murió, hoy hace una semana.

»El hombre tenía algunas facetas bastan-

te peculiares. En su vida privada era un estricto puritano, un tipo callado y sombrío. Vivía con

su esposa, su hija de veinte años v dos sirvientas. Estas dos cambiaban constantemente, va

que la vida en su casa no era muy alegre y, a

veces, resultaba totalmente insoportable. El

hombre se emborrachaba con frecuencia, v

cuando

le daba el ataque se convertía en

un completo demonio. Más de una vez sacó de

casa a su mujer y a su hija en mitad de la noche, persiguiéndolas a latigazos por el jardín hasta que todo el pueblo se despertaba con los gritos.

»Una vez compareció ante el juez por

haber agredido brutalmente al anciano vicario,

que había ido a casa a reprenderle por su con-

ducta. En pocas palabras, señor Holmes, costa-

ría trabajo encontrar un tipo más peligroso que el capitán Peter Carey, y me han dicho que te-nía el mismo carácter cuando estaba al mando de su barco. En el oficio se le conocía como Peter el Negro, no sólo por su rostro atezado y el

color de su poblada barba, sino también por sus arrebatos, que eran el terror de todos los que le rodeaban. Ni que decir tiene que todos sus ve-cinos lo odiaban y procuraban evitarlo, y que no he oído una sola palabra de lamentación por

su terrible final.

»Seguramente, señor Holmes, en el informe de la indagación habrá leído acerca del
camarote de Carey, pero puede que su amigo
no sepa nada de esto. Se había construido una
cabaña de madera, que él siempre llamaba el
camarote", a unos cientos de metros de la casa,

y dormía en ella todas las noches. Era una ca-

bañita pequeña, con una sola habitación de

dieciséis pies por diez1. Guardaba la llave en el bolsillo, y él mismo se hacía la cama, limpiaba y no permitía que nadie más traspasara el umbral. A cada lado hay unas ventanas pequeñas,

cubiertas por cortinas, y que nunca se abrían.

1 Unos cinco metros por tres.

Una de estas ventanas daba a la carretera, y la gente que veía la luz por la noche solía seña-larla, preguntándose qué estaría haciendo allí Peter el Negro. Esta, señor Holmes, es la venta-na que nos proporcionó uno de las pocas in-

formaciones concretas que salieron a relucir en la indagación.

»Recordará usted que un albañil llama-

do Slater, que venía andando desde Forest Row

a eso de la una de la madrugada, dos días antes del crimen, se detuvo al pasar junto al terreno y se fijó en el cuadrado de luz que brillaba entre los árboles. Este albañil jura que a través de la cortina se veía claramente la silueta de un

hombre con la cabeza girada hacia un lado, y

que esta silueta no era de ningún modo la de

Peter Carey, al que él conocía muy bien. Era la silueta de un hombre barbudo, pero de barba

corta v erizada hacia delante, muy diferente de la del capitán. Eso es lo que dice, pero había

estado dos horas en el bar y hay bastante dis-

tancia desde la carretera hasta la ventana.

Además, esto sucedió el lunes, v el crimen se cometió el miércoles.

»El martes, Peter Carev se encontraba en

uno de sus peores momentos, cegado por la bebida y tan peligroso como una fiera salvaje.

Anduvo rondando por la casa y las mujeres

salieron huyendo al oírlo venir. A última hora

de la tarde se fue a su cabaña. A eso de las dos de la mañana, su hija, que dormía con la ventana abierta, oyó un grito espantoso que venía de aquella dirección; pero como no tenía nada de

extraño que aullara y vociferara cuando estaba

borracho, no hizo caso. A las siete, al levantar-se, una de las sirvientas se fijó en que la puerta de la cabaña estaba abierta, pero tal era el terror que aquel hombre inspiraba que hasta medio-día nadie se atrevió a acercarse a ver qué le

había sucedido. Al atisbar por la puerta abierta vieron un espectáculo que las hizo salir corriendo hacia el pueblo con el rostro lívido de espanto. En menos de una hora yo ya estaba allí y me había hecho cargo del caso.

»Bueno, como usted sabe, señor Holmes, yo tengo los nervios bastante bien tem-

plados, pero le doy mi palabra de que me es-

tremecí cuando metí la cabeza en aquella caba-

ña. Estaba llena de moscas y moscardones que

zumbaban como un armonio, y las paredes

parecían las de un matadero. Él la llamaba el

camarote, y verdaderamente era un camarote;

cualquiera podría pensar que estaba en un bar-

co. Había una litera en un extremo, un cofre de marino, mapas y cartas de navegación, una

fotografía del Sea Unicorn, una hilera de cua-

dernos de bitácora en un estante...; exactamente todo lo que uno esperaría encontrar en el camarote de un capitán. Y en medio de todo ello

estaba él, con el rostro contorsionado como un

alma condenada y sometida a tormento, y la

frondosa barba apuntando hacia arriba en un

gesto de agonía. Su ancho pecho estaba atrave-

sado por un arpón de acero, que le salía por la espalda y se hundía profundamente en la pared

que tenía detrás. Estaba clavado igual que un

escarabajo de colección. Por supuesto, estaba muerto, y así había estado desde el instante en que lanzó aquel último grito de agonía.

»Conozco sus métodos, señor, v los

apliqué. Sin permitir que nadie tocase nada,

examiné con la máxima atención los alrede-

dores de la cabaña y el suelo de la misma. No

había ninguna pisada.

-Quiere usted decir que no encontró

ninguna.

- -Le aseguro, señor, que no las había.
- -Mi buen Hopkins, he investigado mu-

chos crímenes, pero aún no he encontrado nin-

guno cometido por un ser volador.

Y mientras el criminal se sostenga sobre dos

piernas, siempre quedará alguna señal, alguna

rozadura, algún minúsculo desplazamiento

detectable por un investigador científico. Resul-ta increíble que esta habitación embadurnada

de sangre no contuviera ninguna huella que

pudiera ayudarnos. Sin embargo, tengo enten-

dido, por el informe de la indagación, que

había ciertos objetos que usted no dejó de examinar.

El joven inspector acusó los comentarios

irónicos de mi compañero con un estremeci-

miento.

-He sido un tonto al no acudir a usted

en su momento, señor Holmes. Sin embargo, ya

de nada vale lamentarse. En efecto, había en la habitación varios objetos que exigían especial

atención. Uno de ellos era el arpón con el que se cometió el crimen. Lo habían cogido de un ar-mero en la pared; allí había otros dos y queda-

ba un espacio vacío para el tercero. En el man-

go tenía grabadas las palabras «S.S. Sea Uni-

corn, Dundee». Esto parecía indicar que el cri-

men se cometió en un arrebato de furia y que el asesino había echado mano a la primera arma

que encontró a su alcance. El hecho de que el

crimen se cometiera a las dos de la madrugada

y que, a pesar de la hora, Peter Carey estuviera completamente vestido, permitía suponer que

se había citado con su asesino, lo cual parece

confirmado por la presencia en la mesa de una botella de ron y dos vasos vacíos.

-Sí -dijo Holmes-. Creo que las dos infe-

rencias son aceptables. ¿Había algún otro licor en la habitación aparte del ron?

-Sí, encima del cofre de marino había un

botellero con brandy y whisky; pero no tiene

interés para nosotros, porque las frascas esta-

ban llenas y, por tanto, no se habían usado.

-Aun así, su presencia tiene algún signi-

ficado -dijo Holmes-. Sin embargo, oigamos

algo más acerca de los objetos que, según usted, parecen guardar relación con el caso.

-Tenemos la petaca de tabaco, que esta-

ba encima de la mesa.

-¿En qué parte de la mesa?

-En el centro. Era de piel de foca, piel áspera con pelo tieso, con una correíta de cuero para cerrarla. En la parte de dentro tenía las

iniciales «P.C.». Contenía una media onza de

tabaco fuerte de marinero.

-¡Excelente! ¿Qué más?

Stanley Hopkins sacó del bolsillo un cuaderno de notas con tapas grisáceas muy

gastadas y hojas descoloridas. En la primera página estaban escritas las iniciales «J.H.N.» y la fecha «1883». Holmes lo puso sobre la mesa y lo examinó con su minuciosidad habitual,

mientras Hopkins y yo mirábamos, cada uno

por encima de sus hombros. La segunda página

llevaba estampadas las iniciales «C.P.R.», v a

continuación venían varias hojas llenas de nú-

meros. Había un encabezamiento que decía

«Argentina», otro «Costa Rica» y otro «San

Paulo», todos ellos seguidos por páginas llenas de signos y cifras.

-¿Qué le dice a usted esto? -preguntó

Holmes.

-Parecen ser listas de valores de Bolsa.

Es posible que «J.H.N.» sean las iniciales de un corredor de Bolsa, y «C.P.R.» las de su cliente.

-¿Y qué opina de «Canadian Pacific

Railway»? -dijo Holmes.

Stanley Hopkins soltó un taco entre dientes y se golpeó el muslo con el puño cerrado. -¡Qué estúpido he sido! -exclamó-. ¡Cla-

ro que es lo que usted dice! Ahora sólo nos

quedan por descifrar las iniciales «J.H.N.». Ya he examinado las listas antiguas de la Bolsa,

pero no he encontrado ningún corredor, ni de

los oficiales ni de los de fuera, cuyas iniciales coincidan con ésas. Sin embargo, tengo la impresión de que esta es la pista más importante

con la que cuento. Reconocerá usted, señor

Holmes, que existe la posibilidad de que estas

iniciales correspondan a la otra persona allí

presente..., es decir, al asesino. Insisto, además, en que la aparición en el caso de un documento

referente a grandes cantidades de acciones de

gran valor nos proporciona la primera in-

dicación de un posible móvil para el crimen.

El rostro de Sherlock Holmes revelaba

que este nuevo giro del asunto le había descon-

certado por completo.

-Tengo que admitir esos dos argumen-tos suyos -dijo-. Confieso que este cuaderno,

que no se mencionaba en el informe, modifica

cualquier opinión que yo me pudiera haber

formado. Había elaborado ya una teoría sobre

el crimen en la que esto no tiene cabida. ¿Se ha molestado usted en seguir la pista a alguno de

los valores que aquí se mencionan?

-Se está investigando en las oficinas, pe-

ro me temo que las listas completas de los ac-

cionistas de estos valores sudamericanos estén

en Sudamérica, y tardaremos varias semanas en

seguir la pista de las acciones.

Holmes había estado examinando con

su lupa las tapas del cuaderno.

-Parece que aquí hay una mancha de co-

lor -dijo.

-Sí, señor, es una mancha de sangre. Ya

le he dicho que recogí el cuaderno del suelo.

-¿La mancha estaba encima o debajo?

- -Por el lado del suelo.
- -Lo cual, naturalmente, demuestra que el cuaderno cayó al suelo después de cometerse

el crimen.

-Exacto, señor Holmes. Me di cuenta de

ese detalle y supuse que se le caería al asesino cuando éste huyó precipitadamente. Estaba

muy cerca de la puerta.

-Supongo que no se habrá encontrado

ninguna de estas acciones entre las propiedades del difunto.

-No,

señor.

-¿Tiene alguna razón para sospechar

que el móvil fue el robo?

-No, señor. No parece que hayan tocado

nada.

-Caramba, caramba, sí que es un caso in-

teresante. Había también un cuchillo, ¿no es

así? -Un cuchillo metido en su vaina. Se en-

contraba caído a los pies de la víctima. La seño-ra Carey lo ha identificado como perteneciente

a su esposo.

Holmes se sumió en reflexiones durante un buen rato.

-Bueno -dijo por fin-, supongo que tendré que acercarme a echar un vistazo. Stanley Hopkins soltó una exclamación

de alegría.

-Gracias, señor. No sabe el peso que me quita de encima.

Holmes amonestó al inspector con el dedo.

-La tarea habría resultado más sencilla hace una semana -dijo-. Pero, aun ahora, puede que mi visita no sea del todo infructuosa. Si dispone usted de tiempo, Watson, me gustaría mucho que me acompañara. Haga el favor de

llamar un coche, Hopkins; estaremos listos para salir hacia Forest Row en un cuarto de hora.

Tras apearnos en una pequeña estación

junto a la carretera, recorrimos en coche varias millas a través de lo que quedaba de un extenso

bosque que en otro tiempo formó parte de la gran selva que durante tanto tiempo mantuvo a

raya a los invasores sajones: la impenetrable región arbolada, que fue durante sesenta años el baluarte de Gran Bretaña. Se habían talado grandes extensiones, ya que en esta zona se instalaron las primeras fundiciones de hierro del país, los árboles se utilizaron como leña para fundir el mineral. En la actualidad, los ricos yacimientos del Norte han absorbido esta industria, y sólo los bosques arrasados y las grandes cicatrices de la tierra dan testimonio

del pasado. En un claro que se abría en la verde ladera de una colina se alzaba una casa de pie-dra baja y alargada, a la que se llegaba por un sendero curvo que atravesaba el terreno. Más

cerca de la carretera, rodeada de arbustos por tres de sus lados, había una pequeña cabaña con la puerta y una ventana orientadas en nuestra dirección. Aquel era el lugar del crimen.

Stanley Hopkins nos condujo primero a la casa, donde nos presentó a una mujer ojero-

sa, de cabellos grises: la viuda del hombre ase-sinado, cuyo rostro demacrado y surcado por

profundas arrugas, con una furtiva mirada de

terror en el fondo de sus ojos enrojecidos, revelaba los años de sufrimiento y malos tratos que había soportado. Con ella se encontraba su hija, una muchacha rubia y pálida, cuyos ojos llamearon desafiantes al decirnos que se alegraba

de que su padre hubiera muerto y que bendecía

la mano que lo había abatido. Peter Carey el

Negro se había creado un ambiente doméstico

terrible, y sentimos verdadero alivio al salir de nuevo a la luz del sol y recorrer el sendero que los pies del difunto habían ido abriendo a través de los campos.

La cabaña era una construcción de lo

más sencillo, con paredes de madera, tejado a

un agua, una ventana junto a la puerta y otra en el lado contrario. Stanley Hopkins sacó la llave del bolsillo, y se había inclinado hacia la cerradura cuando de pronto se detuvo, con una ex-

presión de curiosidad y sorpresa en el rostro.

-Alguien ha estado manipulando esto -

dijo.

No cabía la menor duda: la madera es-

taba rayada y las rayas estaban blancas por

debajo de la pintura, como si se hubieran hecho un momento antes. Holmes había estado ins-peccionando la ventana.

-También han intentado forzarla. Pero

quien fuera no consiguió entrar. Tiene que

haber sido un ladrón muy torpe.

-Esto es muy sorprendente -dijo el ins-

pector-. Podría jurar que estas marcas no esta-

ban ayer por la tarde.

-Puede haber sido algún curioso del

pueblo -sugerí.

-No lo creo. Muy pocos se

atreverían a poner el pie en este terreno, y mucho menos a intentar forzar la entrada de la

cabaña. ¿Qué opina de esto, señor Holmes?

-Opino que la suerte nos ha sido muy

propicia.

- -¿Quiere decir que esta persona volverá?
- -Es muy probable. Vino esperando encontrar la puerta abierta. Trató de forzarla con la hoja de una navajita de bolsillo v no lo consiguió. ¿Qué va a hacer a continuación?
- -Volver a la noche siguiente con una

herramienta más eficaz.

-Eso me parece a mí. Sería un fallo por

nuestra parte no estar aquí para recibirlo. Mientras tanto, déjeme ver el interior de la cabaña.

Se habían borrado las huellas de la tragedia, pero el mobiliario de la pequeña habitación seguía igual que la noche del crimen. Durante dos horas, Holmes examinó con la máxima concentración todos los objetos, uno por uno, pero al final su expresión demostraba que la búsqueda no había dado frutos. Sólo una vez hizo una pausa en su concienzuda investigación.

- -¿Ha sacado algo de este estante, Hop-kins?
- -No; no he tocado nada.
- -Se han llevado algo. En la esquina del estante hay menos polvo que en el resto. Puede haber sido un libro que estaba tumbado. O una

caja. En fin, no puedo hacer más. Demos un paseo por este hermoso bosque, Watson, y de-diquemos unas horas a los pájaros y a las flores.

Nos reuniremos aquí mismo más tarde, Hop-

kins, y veremos si podemos entablar contacto

con el caballero que vino de visita anoche.

Eran más de las once cuando tendimos

nuestra pequeña emboscada. Hopkins era par-

tidario de dejar abierta la puerta de la cabaña, pero Holmes opinaba que aquello despertaría

las sospechas del intruso. La cerradura era de

las más sencillas, y bastaba con un cuchillo fuerte para hacerla saltar. Además, Holmes

propuso que no aguardáramos dentro de la

cabaña, sino fuera, entre los arbustos que crecí-

an en torno a la ventana del fondo. De este mo-

do podríamos observar a nuestro hombre si

éste encendía la luz y descubrir cuál era el objeto de su furtiva visita nocturna.

Fue una guardia larga y melancólica, pero aun así sentimos algo de la emoción que experimenta el cazador cuando acecha junto a

la charca de agua, en espera de la llegada de la fiera sedienta. ¿Qué clase de bestia salvaje po-día caer sobre nosotros desde la oscuridad?

¿Sería un feroz tigre del crimen, al que sólo

podríamos capturar tras dura lucha con uñas y

dientes, o resultaría ser un taimado chacal, peligroso tan sólo para los débiles y descuidados?

Permanecimos agazapados en absoluto silencio

entre los arbustos, esperando que llegara lo que pudiera llegar. Al principio, los pasos de algunos aldeanos rezagados o el sonido de voces

procedentes de la aldea entretenían nuestra es-

pera; pero, poco a poco, estas interrupciones se fueron extinguiendo, y quedamos envueltos en

un silencio absoluto, con la excepción de las

campanas de la lejana iglesia, que nos infor-

maban del avance de la noche, y del repiqueteo

de una fina lluvia que caía entre el follaje que nos cobijaba.

Acababan de sonar las dos y media, en

las horas más oscuras que preceden al amane-

cer, cuando todos nos sobresaltamos al oír un

ligero pero inconfundible chasquido proceden-

te de la puerta de la finca. Alguien había entra-do en el sendero. De nuevo se hizo un largo

silencio, y yo empezaba a temer que hubiera

sido una falsa alarma, cuando oímos pasos sigi-

losos al otro lado de la cabaña, seguidos al instante por roces y chasquidos metálicos. ¡El des-conocido trataba de forzar la

cerradura! Esta

vez fue más hábil o contaba con un instrumento

mejor, porque se oyó un brusco chasquido y el

chirriar de las bisagras. Luego se encendió una cerilla, y un instante después la firme llama de una vela iluminaba el interior de la cabaña.

Nuestros ojos se clavaron, a través de los visillos de gasa, en la escena que se desarrollaba

dentro.

El visitante nocturno era un hombre jo-

ven, delgado y frágil, con un bigote negro que

acentuaba la palidez mortal de su rostro. No

podía tener mucho más de veinte años. Jamás he visto un ser humano que diera tan patéticas

muestras de miedo: le castañeteaban los dientes y temblaba de pies a cabeza. Iba vestido como

un caballero, con chaqueta Norfolk y pantalo-

nes de media pierna, y se tocaba con una gorra

de paño. Le vimos mirar en torno suyo con ojos

asustados. A continuación colocó el cabo de

vela sobre la mesa y desapareció de nuestra

vista, hacia uno de los rincones. Reapareció con un libro voluminoso, uno de los cuadernos de

bitácora alineados sobre los estantes, se apoyó en la mesa y fue pasando hojas rápidamente

hasta encontrar la anotación que buscaba. En-

tonces hizo un gesto iracundo con el puño, ce-

rró el libro, volvió a colocarlo en el rincón y apagó la luz. Apenas había dado media vuelta

para salir de la cabaña, cuando la mano de

Hopkins cayó sobre su cuello y pude oír el fuerte gemido de espanto que el individuo dejó

escapar al comprender que estaba atrapado. Se

encendió de nuevo la vela y contemplamos a

nuestro miserable prisionero, tembloroso y en-cogido en manos del policía. Se dejó caer sobre el cofre de marino y nos miró uno a uno con expresión de desamparo.

-Y ahora, querido amigo -dijo Stanley

Hopkins-, ¿quién es usted y qué busca aquí?

El hombre se recompuso y se enfrentó a

nosotros, esforzándose por mantener la sereni-

dad.

-Son ustedes policías, ¿verdad? -dijo-. Y

creen que estoy complicado en la muerte del

capitán Peter Carey. Les aseguro que soy ino-

cente.

-Eso ya lo veremos -dijo Hopkins-. En

primer lugar, ¿cómo se llama usted?

-John Hopley Neligan.

Vi que Holmes y Hopkins intercambia-

ban una rápida mirada.

- -¿Qué está usted haciendo aquí?
- -¿Puedo hablar confidencialmente?
- -No, desde luego que no.
- -¿Y por qué iba a decírselo?
- -Si no tiene respuesta, puede pasarlo muy mal en el juicio. El joven se estremeció.
- -Está bien, se lo diré. ¿Por qué no habría

de hacerlo? Aunque me repugna la idea de que

el viejo escándalo vuelva a salir a la luz. ¿Han oído hablar de Dawson & Neligan?

Por la expresión de Hopkins, me di

cuenta de que él conocía el nombre; pero Hol-

mes mostró un vivo interés.

-¿Se refiere usted a los banqueros del

West Country? -dijo-. Se declararon en quiebra

dejando a deber un millón, arruinando a la mitad de las familias del condado de Cornualles, y Neligan desapareció.

-Exacto. Neligan era mi padre.

Por fin estábamos llegando a algo concreto, aunque todavía parecía existir un largo trecho de distancia entre un banquero fugitivo

y el capitán Peter Carey, clavado a la pared con uno de sus propios arpones. Todos escuchamos

con la máxima atención las palabras del joven.

-Mi padre era el verdadero responsable.

Dawson estaba ya retirado. Yo sólo tenía diez años por entonces, pero era lo bastante mayor para sentir la vergüenza y el horror del asunto.

Siempre se ha dicho que mi padre robó todas

las acciones y huyó, pero no es verdad. El creía que si le daban tiempo para negociarlas todo

iría bien y se podría pagar a todos los acreedores. Zarpó rumbo a Noruega en su yatecito jus-

to antes de que se dictara su orden de detención. Aún me acuerdo de aquella última noche, cuando se despidió de mi madre. Nos dejó una

lista de valores que se llevaba y juró que regresaría con su honor reparado y que ninguno de

los que habían confiado en él saldría perjudica-do. Pero ya no se volvió a saber nada de él.

Tanto él como el yate desaparecieron por com-

pleto. Mi madre y yo creímos que ambos esta-

ban en el fondo del mar, junto con las acciones que se había llevado. Sin embargo, teníamos un

amigo de confianza que se dedica a los nego-

cios y que descubrió hace algún tiempo que

algunos de los valores que se llevó mi padre habían reaparecido en el mercado de Londres.

Pueden ustedes imaginarse nuestro asombro.

Me pasé meses intentando seguirles la pista, y

por fin, tras muchas decepciones y dificultades, descubrí que el vendedor original había sido el capitán Peter Carey, propietario de esta choza.

»Como es natural, hice algunas averi-

guaciones acerca de este hombre, y así supe

que había estado al mando de un ballenero que

regresaba del Ártico precisamente cuando mi

padre navegaba hacia Noruega. El otoño de

aquel año fue muy tormentoso, con una larga

serie de galernas del Sur. Cabía la posibilidad de que hubieran arrastrado el yate de mi padre

hacia el Norte, donde pudo encontrarse con el

barco del capitán Carey. Y si esto fue lo que

ocurrió, ¿qué había sido de mi padre? En cual-

quier caso, si la declaración de Peter Carey me servía para demostrar cómo habían llegado al

mercado aquellas acciones, podría demostrar

que mi padre no las había vendido y que no se las llevó con afán de lucro personal.

»Vine a Sussex con la intención de ver al

capitán, pero justo entonces ocurrió su terrible muerte. En el informe de la indagación leí una

descripción de esta cabaña, en la que se decía

que aquí se guardaban los viejos cuadernos de

bitácora de su barco. Se me ocurrió entonces

que, si podía enterarme de lo que ocurrió a

bordo del Sea Unicorn en el mes de agosto de

1883, podría resolver el misterio de la desapari-ción de mi padre. Vine anoche, dispuesto a mi-

rar los libros, pero no conseguí abrir la puerta.

Esta noche lo volví a intentar, con éxito, pero descubrí que las páginas correspondientes a ese mes habían sido arrancadas del libro. Y en ese

momento caí preso en sus manos.

- -¿Eso es todo? -preguntó Hopkins.
- -Sí, es todo -dijo el joven, desviando la mirada.
- -¿No tiene nada más que decirnos? El joven vaciló.

-No,

nada.

- -¿No había estado aquí antes de anoche?
- -No.
- -Entonces, ¿cómo explica esto? -exclamó
 Hopkins, esgrimiendo el cuaderno acusador,
 con las iniciales de nuestro prisionero en la
 primera hoja y la mancha de sangre en la cubierta.

El desdichado se desmoronó. Sepultó la cara entre las manos y se puso a temblar de pies a cabeza.

-¿De dónde lo ha sacado? -gimió-. No lo

sabía. Creía que lo había perdido en el hotel.

-Con esto basta -dijo Hopkins secamen-

te-. Si tiene algo más que decir, podrá decírselo al tribunal. Ahora tendrá que venir andando

conmigo hasta la comisaría. Bien, señor Hol-

mes, le quedo muy agradecido a usted y a su

amigo por haber venido a ayudarme. Tal como

han salido las cosas, su presencia ha resultado innecesaria, y yo habría podido llevar el caso a buen término sin ustedes; pero a pesar de todo,

les estoy agradecido. He hecho reservar habita-ciones para ustedes en el hotel Brambletye, así que podemos ir todos juntos hasta el pueblo.

-Bien, Watson, ¿qué opina usted de todo

esto? -me preguntó Holmes a la mañana si-

guiente, durante el viaje de regreso a Londres.

-Me doy cuenta de que usted no ha

quedado satisfecho.

-Oh, sí, querido Watson, estoy muy sa-

tisfecho. Claro que los métodos de Stanley

Hopkins no me convencen. Me ha de-

cepcionado este Stanley Hopkins; esperaba
mejores cosas de él. Siempre hay que buscar
una posible alternativa y estar preparado para
ella. Es la primera regla de la investigación criminal.

-¿Y cuál es aquí la alternativa?

-La línea de investigación que yo he ve-

nido siguiendo. Puede que no conduzca a nada,

es imposible saberlo, pero al menos la voy a seguir hasta el final.

Varias cartas aguardaban a Holmes en

Baker Street. Echó mano a una de ellas, la abrió y estalló en una triunfal explosión de risa.

-Excelente, Watson. La alternativa se va

desarrollando. ¿Tiene usted impresos para tele-

gramas? Escriba por mí un par de mensajes:

«Sumner, agente naviero, Ratcliff Highway.

Envíe tres hombres, que lleguen mañana a las

diez de la mañana.Basil.» Ese es mi nombre por

esos barrios. El otro es para el inspector Stanley Hopkins, 46 Lord Street, Brixton: «Venga a desayunar mañana a las nueve y media. Impor-

tante. Telegrafíe si no puede venir.-Sherlock

Holmes.» Ya está, Watson, este caso infernal me ha estado atormentando durante diez días. Con

esto lo destierro por completo de mi presencia y confío en que a partir de mañana no volvamos ni a oírlo mencionar.

El inspector Stanley Hopkins se presentó a la hora exacta y los tres nos sentamos a gustar el excelente desayuno que la señora Hudson había preparado. El joven policía estaba muy animado por su éxito.

- -¿Está usted convencido de que su solución es la correcta? -preguntó Holmes.
- -No podría imaginar un caso más completo.
- -A mí no me pareció concluyente.
- -Me asombra usted, señor Holmes. ¿Qué más se puede decir?
- -¿Es que su explicación abarca todos los hechos?
- -Sin duda alguna. He averiguado que el joven Neligan llegó al hotel Brambletye el

mismo día del crimen. Alegó que venía a jugar al golf. Aquella misma noche se presentó en Woodman's Lee, vio a Peter Carey en la cabaña,

se peleó con él y lo mató con el arpón. Después, horrorizado por lo que había hecho, huyó de la

cabaña, y al huir se le cayó el cuaderno de notas que había llevado con el fin de interrogar a Peter Carey acerca de esos valores. Se habrá fijado

usted en que algunos de ellos estaban marcados con una rayita, y otros, la gran mayoría, no lo estaban. Las acciones marcadas se han localiza-do en el mercado de Londres; las otras, segu-

ramente, estaban todavía en poder de Carey, y el joven Neligan, según su propia declaración, estaba ansioso por recuperarlas para quedar en paz con los acreedores de su padre. Después de huir no se atrevió a acercarse a la cabaña durante algún tiempo; pero por fin se decidió a hacerlo, para poder obtener la información que necesitaba. ¿No le parece bastante sencillo y evidente?

Holmes sonrió y negó con la cabeza.

-Me parece que sólo tiene un fallo, Hop-

kins: que es intrínsecamente imposible. ¿Ha

probado usted a atravesar un cuerpo con un

arpón? Ay, ay, señor mío, debería usted prestar atención a estos detalles. Mi amigo Watson po-drá decirle que yo me pasé toda una mañana

practicando ese ejercicio. No es cosa fácil, y

exige un brazo fuerte y experimentado. Ese

golpe se asestó con tal violencia que la punta del arpón se clavó a bastante profundidad en la pared. ¿Cree usted que ese jovenzuelo anémico

es capaz de una violencia tan tremenda? ¿Es

este el hombre que estuvo bebiendo ron y agua

mano a mano con Peter el Negro en mitad de la

noche? ¿Es su perfil el que fue visto a través de la cortina dos noches antes? No, no, Hopkins; a quien tenemos que buscar es a otra persona,

mucho más formidable.

La cara del policía se había ido ponien-

do cada vez más larga durante la parrafada de

Holmes. Sus esperanzas y ambiciones se de-

rrumbaban a su alrededor. Pero no estaba dis-

puesto a abandonar sus posiciones sin lucha.

-No puede usted negar, Holmes, que

Neligan estuvo presente aquella noche. El cua-

derno lo demuestra. Creo disponer de pruebas

suficientes para satisfacer a un jurado, aunque usted aún pueda encontrarles algún fallo.

Además, señor Holmes, yo ya le he echado el

guante a mi hombre. En cambio, ese terrible personaje suyo, ¿dónde está?

-Yo diría que está subiendo la escalera -

dijo Holmes muy tranquilo-. Creo, Watson, que

lo mejor será que tenga ese revólver al alcance de la mano -se levantó y colocó un papel escrito sobre una mesita lateral-. Ya estamos listos.

Se oyó una conversación de voces ron-

cas fuera de la habitación y, de pronto, la seño-ra Hudson abrió la puerta para anunciar que

había tres hombres que preguntaban por el

capitán Basil.

-Hágalos pasar de uno en uno -dijo

Holmes.

El primero que entró era un hombrecillo

rechoncho como una manzana, de mejillas son-

rosadas y sedosas patillas blancas. Holmes

había sacado una carta del bolsillo y preguntó:

-¿Su nombre?

-James

Lancaster.

-Lo siento, Lancaster, pero el puesto está

ocupado. Aquí tiene medio soberano por las

molestias. Haga el favor de pasar a esta habitación y esperar unos minutos.

El segundo era un individuo alto y enju-

to, de pelo lacio y mejillas hundidas. Dijo lla-marse Hugh Pattins. También él recibió una

negativa, medio soberano y la orden de espe-

rar. El tercer aspirante era un hombre de as-

pecto poco corriente, con un feroz rostro de

bulldog enmarcado en una maraña de pelo y

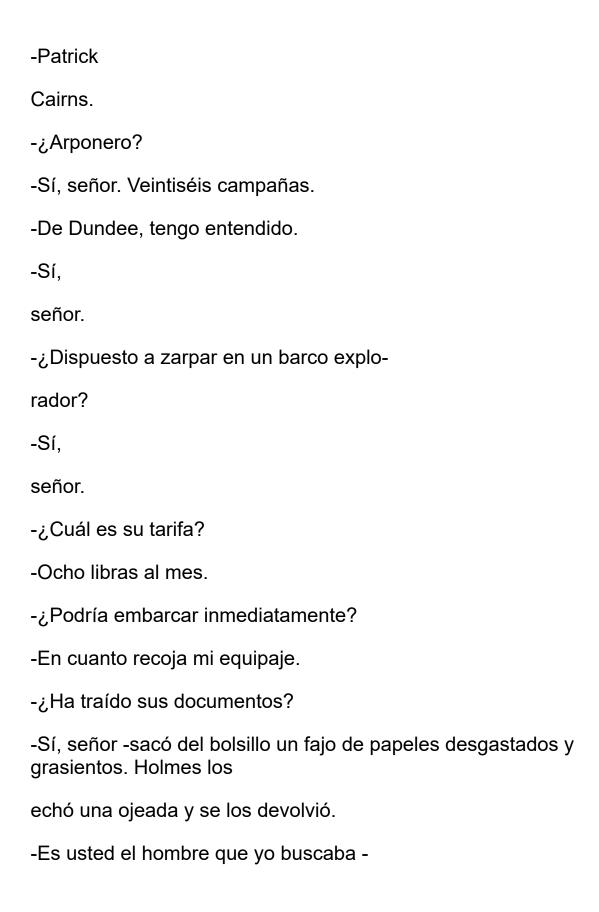
barba, y un par de ojos oscuros y penetrantes

que brillaban tras la pantalla que formaban

unas cejas espesas, greñudas y salientes. Saludó y permaneció en pie con aire marinero, dándole

vueltas a la gorra entre las manos.

-¿Su nombre? -preguntó Holmes.



dijo-. En esa mesita está el contrato. No tiene más que firmarlo y asunto concluido.

El marinero cruzó la habitación y tomó la pluma.

-¿Tengo que firmar aquí? -preguntó, inclinándose sobre la mesa.

Holmes miró por encima de su hombro y pasó las dos manos sobre el cuello del hombre. -Con esto bastará -dijo.

Se oyó un chasquido de acero y un bramido como el de un toro furioso. Un instante
después, Holmes y el marinero rodaban juntos
por el suelo. Aquel hombre tenía la fuerza de
un gigante, e incluso con las esposas que Holmes había cerrado tan hábilmente en torno a
sus muñecas habría dominado con facilidad a

mi amigo si Hopkins y yo no hubiéramos co-rrido en su ayuda. Sólo cuando apreté el frío cañón de mi revólver contra su sien comprendió al fin que su resistencia era inútil. Le atamos los tobillos con una cuerda y nos incorpo-

ramos jadeando por el esfuerzo de la pelea.

-La verdad es que tengo que pedirle dis-

culpas, Hopkins -dijo Sherlock Holmes-. Me temo que los huevos revueltos se habrán quedado fríos. Sin embargo, estoy seguro de que saboreará mejor el resto de su desayuno pensando en que ha logrado resolver su caso de manera triunfal.

Stanley Hopkins estaba mudo de asombro.

-No sé que decir, señor Holmes balbuceó por fin con el rostro enrojecido-. Me da la impresión de que he estado haciendo el ridículo de principio a fin. Ahora me doy cuen-

ta de algo que nunca debí olvidar: que yo soy el alumno y usted el maestro. Aun ahora, veo lo

que usted ha hecho, pero no sé cómo lo hizo ni lo que significa.

-Bien, bien -dijo Holmes de buen

humor-. Todos aprendemos a fuerza de experiencia, y esta vez su lección es que nunca se

debe perder de vista la alternativa. Estaba usted tan absorto en el joven Neligan que no tuvo

tiempo para pensar en Patrick Cairns, el verda-

dero asesino de Peter Carey.

La ruda voz del marinero interrumpió

nuestra conversación.

-Alto ahí, amigo -dijo-. No me quejo de

la forma en que se me ha maltratado, pero me

gustaría que llamaran a las cosas por su nom-

bre. Dice usted que yo asesiné a Peter Carey; yo digo que maté a Peter Carey, que es algo muy

distinto. A lo mejor no me creen ustedes. A lo mejor se piensan que les estoy colocando un

cuento.

-Nada de eso -dijo Holmes-. Oigamos lo

que tiene usted que decir.

-Se cuenta en pocas palabras, y por Dios

que cada palabra es la pura verdad. Yo conocía

bien a Peter el Negro, así que cuando él sacó el cuchillo yo lo atravesé de parte a parte con un arpón, porque sabía que era su vida o la mía.

Así es como murió. A ustedes puede parecerles

un asesinato. Al fin y al cabo, tanto da morir

con una cuerda al cuello como con el cuchillo de Peter el Negro clavado en el corazón.

-¿Cómo llegó usted allí? -preguntó

Holmes.

-Se lo contaré desde el principio. Pero

permitan que me incorpore un poco para que

pueda hablar con más facilidad. Todo sucedió

en el 83.... en agosto de aquel año. Peter Carey era capitán del Sea Unicom y yo era segundo

arponero. Acabábamos de dejar los hielos con

rumbo a casa, con vientos en contra y una galerna de Sur cada semana, cuando divisamos

una pequeña embarcación que había sido arras-

trada hacia el Norte. Sólo llevaba un hombre a

bordo, un hombre de tierra firme. La tri-

pulación había creído que el barco se iba a pi-

que y había tratado de alcanzar las costas de

Noruega en el bote salvavidas. Seguramente se

ahogaron todos. Bien, izamos a bordo a aquel

hombre, y el capitán mantuvo con él varias

conversaciones bastante largas en el camarote.

El único equipaje que recogimos con él era una

caja de lata. Por lo que yo sé, jamás se llegó a pronunciar el nombre de aquel hombre, y a las

dos noches desapareció como si nunca hubiera

estado allí. Se dio por supuesto que se habría

arrojado al mar o que habría caído por la borda a causa del temporal que sufríamos. Sólo un

hombre sabía lo que había sucedido, y ese

hombre era yo, que había visto con mis propios

ojos cómo el capitán lo volteaba y lo arrojaba

por la borda, durante la segunda guardia de

una noche oscura, dos días antes de que avistá-

ramos los faros de las Shetland.

»Pues bien, me guardé para mí lo que

sabía y esperé a ver en qué iba a parar el asun-to. Cuando regresamos a Escocia, se echó tierra al asunto y nadie hizo preguntas. Un descono-cido había muerto por accidente y nadie tenía

por qué andar haciendo averiguaciones. Poco

después, Peter Carey dejó de navegar y tardé

muchos años en dar con su paradero. Supuse que había hecho aquello para quedarse con el

contenido de la caja de lata, y que ahora podría permitirse pagarme bien por mantener la boca

cerrada.

»Descubrí dónde vivía gracias a un ma-

rinero que se lo había encontrado en Londres, y me planté allí para exprimirlo. La primera noche se mostró bastante razonable, y estaba dis-

puesto a darme lo suficiente para no tener que

volver al mar por el resto de mi vida. Íbamos a dejarlo todo arreglado dos noches después.

Cuando llegué, lo encontré casi completamente

borracho y con un humor de perros. Nos sentamos a beber y hablamos de los viejos tiempos, pero cuanto más bebía él, menos me gustaba la

expresión de su cara. Me fijé en el arpón colga-do de la pared y pensé que quizás lo iba a nece-sitar antes de que pasara mucho tiempo. Y por

fin se lanzó sobre mí, escupiendo y mal-

diciendo, con ojos de asesino y un cuchillo

grande en la mano. Pero antes de que lo pudie-

ra sacar de la vaina, yo lo atravesé con el arpón.

¡Cielos! ¡Qué grito pegó! ¡Y su cara todavía no me deja dormir! Me quedé allí parado, mientras

su sangre chorreaba por todas partes, y esperé

un poco; todo estaba tranquilo, así que fui re-

cuperando el ánimo. Miré a mi alrededor y

descubrí la caja de lata en un estante. Yo tenía tanto derecho a ella como Peter Carey, así que

me la llevé y salí de la cabaña. Pero fui tan es-túpido que me dejé la petaca olvidada en la

mesa.

»Y ahora voy a contarles la parte más

rara de toda la historia. Apenas había salido de

la cabaña cuando oí que alguien se acercaba y me escondí entre los arbustos. Un hombre llegó

andando con sigilo, entró en la cabaña, soltó un grito como si hubiera visto un fantasma y salió corriendo a toda la velocidad de sus piernas

hasta perderse de vista. No tengo ni idea de

quién era y qué quería. Por mi parte, caminé

diez millas, tomé un tren en Turnbridge Wells

y llegué a Londres sin que nadie se enterara.

»Cuando me puse a examinar el conte-

nido de la caja, vi que no había en ella dinero, nada más que papeles que yo no me atrevía a

vender. Ya no podía sacarle nada a Peter el Ne-

gro y me encontraba embarrancado en Londres

sin un chelín. Lo único que me quedaba era mi

oficio. Leí esos anuncios para arponeros a buen sueldo, así que me pasé por la agencia y ellos

me enviaron aquí. Eso es todo lo que sé, y repi-to que la justicia debería darme las gracias por haber matado a Peter el Negro, ya que les he

ahorrado el precio de una cuerda de cáñamo.

-Una narración muy clara -dijo Holmes,

levantándose y encendiendo su pipa-. Creo,

Hopkins, que debería usted conducir a su dete-

nido a lugar seguro sin pérdida de tiempo. Esta habitación no reúne condiciones para servir de

celda, y el señor Patrick Cairns ocupa demasiado espacio en nuestra alfombra.

-Señor Holmes -dijo Hopkins-, no sé cómo expresarle mi gratitud. Todavía no me explico cómo ha obtenido usted estos resultados. -Pues, sencillamente, porque tuve la suerte de encontrar la pista correcta nada más empezar. Es muy posible que si hubiera sabido que existía ese cuaderno, me habría despistado

como le pasó a usted. Pero todo lo que yo sabía apuntaba en una misma dirección: la fuerza

tremenda, la pericia en el manejo del arpón, el ron con agua, la petaca de piel de foca con tabaco fuerte..., todo aquello hacía pensar en un marinero, y más concretamente, en un ballenero. Estaba convencido de que las iniciales

«P.C.» grabadas en la petaca eran pura coinci-dencia, y que no eran las de Peter Carey, por-

que ése casi no fumaba y no se encontró ningu-

na pipa en la cabaña. Recordará usted que le

pregunté si había whisky y brandy en la caba-

ña, y que dijo usted que sí. ¿Cuántos hombres

de tierra adentro conoce usted que prefieran

beber ron habiendo a mano otros licores? Sí,

estaba seguro de que se trataba de un marinero.

-¿Y cómo pudo encontrarlo?

-Querido amigo, el problema era muy

sencillo. Si se trataba de un marinero, tenía que ser uno que hubiera navegado con él en el Sea

Unicorn. Por las noticias que yo tenía, Carey no había navegado en ningún otro barco. Me pasé

tres días poniendo telegramas a Dundee, y al

cabo de ese tiempo disponía ya de los nombres

de todos los tripulantes del Sea Unicorn en

1883. Cuando encontré un Patrick Cairns entre

los arponeros, comprendí que mi investigación

se acercaba a su fin. Deduje que lo más proba-

ble era que mi hombre se encontrara en Lon-

dres y deseara ausentarse del país durante al-gún tiempo. Así que me pasé unos días en el East End, corriendo la voz de una expedición al Ártico y ofreciendo pagas tentadoras a los arponeros dispuestos a embarcarse a las órdenes

del capitán Basil. Y aquí puede ver los resultados. -¡Maravilloso! - exclamó Hopkins!-. ¡Ma-

ravilloso!

-Tiene usted que hacer que pongan en

libertad al joven Neligan lo antes posible -dijo Holmes-. Confieso que opino que le debe usted

algunas disculpas. Habrá que devolverle la caja de lata, aunque, por supuesto, las acciones que Peter Carey vendió están perdidas para siempre. Aquí viene el coche, Hopkins, ya puede

usted llevarse a su hombre. Si me necesita para el juicio, nos encontrará a Watson y a mí en

alguna parte de Noruega. Ya le enviaré detalles concretos.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web